4. EL PROCESO DE FORMACIÓN DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS

294. La formación es una necesidad imprescindible en la vida de los seres humanos. Por medio de ella se incentivan sus potencialidades a fin de afirmar lazos de identidad, habilitarlos en sus responsabilidades y lograr los demás objetivos del grupo al que pertenecen. Cuanto más compleja y exigente es una tarea tanto más la formación adquiere imperativos de calidad, profundidad y eficiencia. La vocación y el compromiso de ser hoy discípulos y misioneros de Jesucristo en América Latina y El Caribe, requiere **una clara y decidida opción por la formación de los miembros de nuestras comunidades**, particularmente, de aquellos y aquellas que han recibido la tarea de acompañar el camino de fe de los hermanos, como catequistas, educadores, agentes pastorales o ministros.

295. A la luz de estas convicciones, miramos al Maestro que formó personalmente a sus apóstoles y discípulos. Con perseverante paciencia y sabiduría los invitó a su seguimiento, los introdujo en el misterio del Reino, y después de su muerte y resurrección los envió a predicar la Buena Nueva en la fuerza de su Espíritu. Su preocupación y estilo, se vuelven emblemáticos para los formadores y cobran especial relevancia cuando pensamos en la paciente tarea formadora que la Iglesia debe emprender en el nuevo contexto cultural de América Latina.

4.1. Dinamismo inspirador

296. El itinerario formativo del seguidor de Jesús hunde sus raíces en la naturaleza dinámica de la persona, del amor y de la fe, y en el llamado personal de Jesucristo, que a los suyos los llama por su nombre y éstos le siguen porque conocen su voz (cf. Jn 10, 3s). Se inspira en la práctica original de la Iglesia de los primeros siglos; y se realiza en la situación cambiante por la que atraviesan las comunidades cristianas del Continente. En su eje central se ubican cinco realidades interdependientes de gran densidad teológica, espiritual y pastoral: **el Encuentro con Jesucristo, la Conversión, el Discipulado, la Comunión y la Misión.** La conversión pone en relación existencial con Jesús a quien opta por Él como Camino, Verdad y Vida, y así con los valores fundamentales que le dan un nuevo sentido a la vida y la óptica necesaria para mirarla desde Él. El discipulado lo introduce en el seguimiento de Cristo, en su estilo de vida y en su Pascua, es decir, en sus múltiples actitudes, relaciones, palabras y gestos, con que nos amó hasta el extremo, con los cuales anuncia la Buena Nueva a los hombres y mujeres, preferentemente a los débiles y excluidos, los incorpora a la comunidad de los discípulos y a la liturgia de la Iglesia. La misión lo sitúa en la dimensión de la diaconía que genera iniciativas de servicios sociales y eclesiales, inspirados y alentados por el Espíritu, quien suscita vida nueva y renovadora en nuestros pueblos, conforme al proyecto del Padre.

297. Desde este patrimonio común, **cada sector del Pueblo de Dios pide ser acompañado y formado de acuerdo con la peculiar vocación y ministerio al que ha sido llamado**: el obispo en

el ministerio de la presidencia que edifica la comunidad, los presbíteros en el ejercicio de la caridad pastoral al servicio del sacerdocio común de los fieles; los diáconos permanentes en el servicio vivificante, humilde y perseverante, los consagrados y consagradas en el seguimiento radical del Maestro, y los laicos y laicas en su responsabilidad evangelizadora de formar comunidades cristianas y de construir el Reino en la secularidad, considerando debidamente la justa autonomía de las realidades temporales.

4.2. Criterios generales

298. Las reflexiones que siguen no pretenden abordar los procesos e itinerarios formativos propios de cada vocación eclesial. Su objetivo es ofrecer sólo algunos criterios imprescindibles y útiles para crecer como Iglesia evangelizada y evangelizadora. A continuación los destacamos.

4.2.1. Una formación integral, permanente y kerygmática

299. Misión principal de la formación es **ayudar a los miembros de la Iglesia a encontrarse siempre con Cristo,** y así a reconocer, acoger, internalizar y desarrollar la experiencia y los valores que constituyen la propia identidad y misión cristianas en el mundo. Por eso, la formación obedece a un proceso integral, es decir, que comprende las dimensiones humanas, intelectuales, espirituales y pastorales, todas armonizadas entre sí en unidad vital. Al mismo tiempo, es permanente y dinámica de acuerdo al desarrollo de las personas y al servicio que están llamadas a prestar, en medio a las exigencias de la historia.

4.2.2. Una formación atenta a dimensiones diversas

300. La formación abarca diversas dimensiones que deberán ser integradas armónicamente a lo largo de todo el proceso formativo. Se trata de la dimensión humana, espiritual, intelectual, comunitaria y pastoral.

a) *La dimensión humana y comunitaria*

301. Tiende a **preparar personalidades fuertes y libres, vocacionalmente identificadas con Jesucristo y su Evangelio** en la comunidad en que viven, particularmente en la familia, en su comunidad cristiana y en el ámbito laboral, capaces de ser y vivir como cristianos en un mundo plural y a veces adverso, con equilibrio, fortaleza, serenidad y ardor misionero.

b) *La dimensión espiritual*

302. Es la dimensión formativa que funda el ser cristiano **en la experiencia de Dios manifestado en Jesús y de la conducción de su Espíritu por los caminos del mundo.** Arraiga a la persona en el estilo de vida y de servicio propuesto por Cristo, adhiriendo de corazón como la Virgen María a los caminos gozosos, luminosos, dolorosos y gloriosos de su Maestro y Señor.

c) *La dimensión intelectual*

303. Se expresa en una reflexión seria, puesta constantemente al día, a través del estudio, que abre la inteligencia, con la luz de la fe, a la verdad, y que capacita para el discernimiento, el juicio crítico y el diálogo sobre la realidad y la cultura. Asegura, de una manera especial, el conocimiento bíblico-teológico y de las ciencias humanas, para adquirir la necesaria competencia doctrinal para los servicios eclesiales que se requieran y para una adecuada presencia en la vida secular.

d) *La dimensión evangelizadora*

304. Proyecta hacia la misión de formar discípulos y misioneros al servicio del mundo; habilita para proponer proyectos y estilos de vida cristiana atrayentes, con intervenciones orgánicas y de colaboración fraterna con todos los miembros de la comunidad. De manera especial, contribuye a integrar evangelización y pedagogía, dando vida a itinerarios pastorales acordes con la madurez cristiana, la edad y otras condiciones propias de las personas o de los grupos, y a despertar la responsabilidad de los laicos en el mundo para construir el Reino de Dios.

4.2.3. Una formación respetuosa de los procesos

305. Llegar a la estatura de la vida nueva en Cristo, identificándose profundamente con Él (cf. *EN* 19) y su misión, es un camino largo, **que requiere itinerarios diversificados, respetuosos de los procesos personales y de los ritmos comunitarios, continuos y graduales**. El eje central deberá ser un proyecto orgánico de formación, elaborado por los organismos diocesanos competentes, que ofrezca la visión de conjunto y la convergencia de las diversas iniciativas. Requiere también equipos de formación convenientemente preparados que aseguren la eficacia del proceso mismo y que acompañen a las personas con pedagogías dinámicas, activas y abiertas. La presencia y aporte de laicos y laicas en los equipos de formación aporta una riqueza original, pues, desde sus experiencias y competencias ofrecen criterios, contenidos y testimonios valiosos para quienes se están formando.

4.3. La catequesis, experiencia clave en la formación del discípulo misionero

311. La catequesis ha ocupado un lugar destacado en la historia de la fe de América Latina. Desde los inicios ha contribuido no sólo a la implantación de la Iglesia sino también a la maduración de la fe de las comunidades cristianas. El Evangelio ha penetrado progresivamente las culturas del Continente y las ha transformado, gracias a este ministerio esencial a la misión de la Iglesia, y a millares de **catequistas que con su vida y su generosidad han edificado el Reino de Dios en nuestros pueblos**.

312. Sin embargo, en nuestros actuales contextos comunitarios observamos que, no pocas veces, el **proceso de la iniciación cristiana casi no ha tenido lugar o ha sido frágil y fragmentaria,** tanto en personas adultas como en niños y jóvenes. Por eso, se siente la urgente necesidad de una catequesis renovada que se preocupe también del primer anuncio, y que lleve a la persona a abrir el corazón a Cristo, para que pueda llegar a la adhesión personal y confesión pública de la fe en la persona y el mensaje de Jesús.

313. Es indispensable, por tanto**, recuperar la experiencia de la iniciación cristiana como punto de partida del itinerario de la fe;** ello implica **privilegiar el anuncio kerigmático** del Señor resucitado que invita a su encuentro y a la conversión, y asumir el método procesual, al estilo del catecumenado de la Iglesia de los comienzos. La catequesis es un proceso extendido en el tiempo y no sólo preparación inmediata a la celebración de los sacramentos. En Él las personas están invitadas a recibir la enseñanza evangélica, a conformar la propia vida con la de Jesús, a insertarse plenamente en la comunidad, a participar con ella en la Eucaristía y a vivir en actitud de servicio a los demás. En América Latina necesitamos profundizar en las fuentes teológicas –y no sólo en las metodologías– que dan identidad al ministerio de la catequesis, para que siga contribuyendo al crecimiento de la fe en la comunidad creyente.

314. Lo anterior pide de la catequesis capacidad para **forjar discípulos y misioneros "comprometidos personalmente con Cristo**, capaces de participación y comunión en el seno de la Iglesia y entregados al servicio salvífico del mundo" (*DP* 1000). Por lo mismo, en las circunstancias

actuales de América Latina, la catequesis necesita promover comunidades maduras en orden a la transformación de la realidad donde hacen su camino de fe.

315. Por otro lado se siente la urgencia de establecer **procesos de formación de catequistas, que** articulen las ciencias humanas, teológicas y prácticas y **pongan su mira en la dimensión de la persona y del discípulo misionero**; procesos que se plasmen en proyectos formativos donde se integre lo existencial y lo bíblico, lo doctrinal y lo ético, lo celebrativo, lo pedagógico y lo comunicacional. Hoy se requieren también catequistas expertos en el arte de la catequesis de adultos y de situaciones y ámbitos especiales; catequistas capaces de educar para la vida comunitaria y para el compromiso histórico y social. A este proceso de formación hay que invitar a los padres de familia, para que sean los primeros catequistas de sus hijos.

316. De manera análoga a lo que aquí se dice de la formación de los catequistas, hay que considerar estos principios para la formación de laicos comprometidos en otras tareas de la Iglesia, como por ejemplo, en el acompañamiento de los jóvenes en la pastoral juvenil, en la pastoral de enfermos, en la pastoral social, etc.

4.4. La necesidad de una pedagogía pastoral

317. Toda iniciativa y todo plan pastoral en la Iglesia ha de tener presente la acción del Espíritu Santo. Nosotros colaboramos con él. Por eso, no basta con constatar carencias y deducir de ellas nuevas intervenciones pastorales. **Aun antes de elaborar nuevos planes pastorales, es necesario contemplar y discernir las iniciativas que ya ha tomado o está tomando el Espíritu Santo.** Éste es el primer imperativo de todo plan y de toda pedagogía pastoral. Ha de buscar cuidadosamente las personas y comunidades, y las iniciativas evangelizadoras a través de las cuales el Espíritu ya está obrando, como asimismo los carismas que Él sembró y está sembrando en el pueblo de Dios. El bautizado, cuando piensa en su acción evangelizadora, debe tener la confianza de que no parte de cero. Alguien, el Espíritu Santo, ya trabajaba antes que él y lo invita a colaborar con él, tomando como punto de partida la vida y las iniciativas que ya existen y que esperan aliento, apoyo, conducción e integración para ser plenamente fecundas y dar todos sus frutos.

318. Pero lo anterior no dispensa de una capacitación en pedagogía pastoral**.** Por el contrario, la pide para actuar según el querer de Dios. En este ámbito se constatan serias carencias. Esta situación muestra la necesidad de ofrecer a los discípulos misioneros, especialmente a los laicos, **una buena formación en pedagogía pastoral sistemática y actualizada, que los capacite para llevar a cabo el anuncio de la Buena Nueva**, utilizando todos los adelantos formativos de las ciencias humanas. Con ellos fortalecerán su formación, proporcionando a las personas y a los grupos un acompañamiento que favorezca los procesos de maduración en la fe.

319. La aplicación de estos aspectos pedagógicos contribuirá a reducir las limitaciones y las deficiencias en la acción pastoral, como son la improvisación, la superficialidad, el desorden, la dispersión, el centralismo y la rigidez pastoral.

320. A partir del análisis ofrecido por las Conferencias Episcopales, se sugieren algunas propuestas pedagógicas útiles para un proceso formativo más coherente y eficaz.

4.4.1. Una pedagogía para el crecimiento integral de las personas

321. El discipulado se vive en el proceso del desarrollo humano que lleva a las personas hacia la madurez en Cristo de acuerdo a la propia etapa evolutiva. Por lo tanto, es necesario

promover procesos formativos con una atención centrada en la persona, que potencie sus capacidades, la lleve a su madurez y la disponga para la comunión y el servicio en la comunidad.

4.4.2. Una metodología que eduque en el discipulado misionero

322. La metodología y la didáctica están llamadas a favorecer en el discípulo misionero la búsqueda y el esfuerzo por alcanzar la verdad; la formación de la recta conciencia; y la decisión de elegir y adherir al querer de Dios. Pide además capacitar en el discernimiento personal y comunitario que, a la luz de la Verdad de Dios, que encontramos en la naturaleza de las cosas creadas y en la Escritura, y en apertura a la acción del Espíritu, responsabilice frente a opciones y toma de decisiones. El uso adecuado y complementario del método inductivo y deductivo apoyará estas metas.

323. La educación al discipulado misionero debe además **traducirse en un itinerario pedagógico con etapas bien definidas**, realizado en un tiempo conveniente y frecuentemente revisado a la luz de la Palabra, de las orientaciones del Magisterio y de las situaciones concretas de las personas. Para esto puede ser muy útil la orientación metodológica ofrecida por Santo Domingo: "Ver, iluminar, actuar, evaluar y celebrar" (cf. *SD* 119).

4.4.3. Una técnica al servicio del Evangelio

324. La metodología evangelizadora debe además **aprovechar el adelanto de la ciencia y el uso de la técnica, especialmente de la comunicación**, para transmitir más eficazmente la experiencia cristiana y responder a una organización pastoral con misión clara y con visión de futuro.

325. Las comunidades necesitan formular y actualizar sus planes de formación, apoyándose en métodos de planeación pastoral participativa en los que se plasmen los objetivos, las etapas, los recursos, la realización, el seguimiento y la evaluación de sus planes y proyectos, con la participación activa y comprometida de todos sus integrantes.

326. La planificación debe incluir las principales redes de relaciones con personas, grupos e instituciones, de tal manera que considere también otras experiencias pastorales, y englobe fuerzas sociales y culturales, particularmente latinoamericanas, para que el Evangelio llegue a toda la realidad.

4.4.4. Trabajo en equipo

327. El trabajo en equipo es **una expresión de comunión y participación eclesial**. Educar al trabajo en equipo y experimentarlo en la corresponsabilidad de los discípulos de Cristo en la vida comunitaria, es una forma concreta de reconocer que hemos sido llamados como equipo, por así decirlo, del mismo Dios, y de reconocer los talentos de cada uno, recibidos de Dios, y de ponerlos al servicio del único proyecto evangelizador.

328. A los discípulos-misioneros les pide aprender a valorar y desarrollar conocimientos, actitudes, habilidades y competencias, con la finalidad de construir proyectos evangelizadores en "comunión y participación" (*DP* 211).

329. Finalmente participar en un equipo **implica un enriquecimiento y conlleva obligaciones**. Da identidad y sentido de pertenencia en el Cuerpo de Cristo; ayuda a superar el individualismo y la tendencia al narcisismo, ya que en el trabajo de grupo el sujeto tiene que compartir su tiempo, ofrecer a los demás su comprensión y empatía y establecer relaciones preocupándose por los intereses ajenos.

4.4.5. Acompañamiento y liderazgo

330. Acompañar el crecimiento integral y la maduración de la fe de las personas exige hoy que los responsables de la evangelización ejerzan **un liderazgo espiritual**, que no se mide con las categorías de los liderazgos del mundo, ya que se basa en el testimonio, el servicio y la entrega, reflejando a Jesús, Buen Pastor. La fecundidad de esta tarea dependerá de la madurez humana, espiritual, pastoral y profesional de los encargados de las comunidades. La calidad de su liderazgo bajo la moción del Espíritu Santo resultará determinante en los grupos, respecto al logro en los grandes ideales como la "comunión", la "participación", y el camino hacia la "santidad".

331. Un desafío para la Iglesia en este campo es la formación de personas que ejerzan un liderazgo evangélico y acompañen a las comunidades cristianas desde **la "pedagogía del encuentro"**. Pedagogía que busca crear un espacio de libertad en el cual pueda darse ese encuentro profundo de los discípulos con Jesús y con quienes son imágenes suyas, que desata el dinamismo del amor a Él: la conversión, la comunión y la solidaridad. Entre otros medios de gran valor, la práctica frecuente de la *Lectio divina* es un camino privilegiado y transformador de encuentro con Dios, consigo mismo y con los hermanos.

332. Este modelo pedagógico tiene su fuente en la "pedagogía del encuentro" que encontramos **en las Escrituras** y que Dios realiza con cada ser humano. En el AT, asegurando su presencia "Yo haré una alianza contigo" (Gn 17, 2), y en el NT con el testimonio de Jesús que siendo acompañado por el Padre (cf. Jn 16, 32), acompaña y guía al grupo de discípulos en su lento proceso de conversión, en los pasos que van dando para cambiar su estilo de vida, su manera de pensar y de sentir, y en el cambio de criterios de análisis de la realidad que les tocó vivir.

333. Más que nunca, **las mujeres y los hombres de nuestro tiempo reclaman** acompañantes cercanos y capacitados: maestros que los guíen por los caminos del Evangelio según su vocación humana, cristiana y de servicio específico en el Pueblo de Dios. Sin que crezca el número de quienes ofrecen un acompañamiento espiritual calificado, según el corazón de Dios, tampoco será posible mejorar la calidad de la pastoral vocacional.

4.4.6. Cultura de la evaluación

334. La evaluación es **una etapa necesaria del proceso formativo** de la persona y de los grupos. La experiencia dice que muchas veces se prescinde de ella, debilitando así los procesos evangelizadores. En todo proceso de evaluación no se debe olvidar que la gracia tiene un dinamismo propio que supera toda evaluación, pero al mismo tiempo esta realidad no excusa de un análisis sincero acerca de las mediaciones eclesiales que afectan la misión evangelizadora.

335. En este sentido, la evaluación representa un momento reflexivo para las personas y las comunidades, en el que se constatan los aciertos y errores de la práctica pastoral, para actualizar un nuevo diagnóstico y relanzar las redes en el nombre del Señor.